

las tiránicas medidas que Carvalho acababa de tomar á fin de apoderarse de todo el comercio y hacer pasar á sus manos la fortuna pública. Por todas partes estallaron quejas y murmuraciones; pero Carvalho, armado con su edicto, las comprimió, arrojando á una infinidad de personas. Tal fué el número de estas, que las cárceles no fueron suficientes para contenerlas. En vista de esto, mandó construir una porcion de mazmorras sin luz ni ventilacion en el recinto de los palacios Reales, á lo largo del Tajo, y en las fortalezas bañadas por el flujo del mar. Por medio del espionaje que el ministro pagaba en todos los puntos del reino, se poblaron bien pronto estos espantosos calabozos de toda clase de personas, seglares, eclesiásticos y religiosos, que sin saber por qué se veian presas y condenadas sin forma alguna de proceso á una cautividad mas dura que la muerte. Para incurrir en esta desgracia, bastaba tener un enemigo que se metiese á delator, ó poseer algunas riquezas, ó resistirse á doblar la cerviz ante aquel nuevo Seyano. En pos del encarcelamiento venia siempre la confiscacion de bienes, de lo que Carvalho sacó inmensas sumas, que hizo asegurar en pais extranjero para tener recursos en el caso de una desgracia.

En tanto que la nobleza y el pueblo se horrorizaban á vista de tales atrocidades, el rey se hallaba sin cesar en una continua agitacion, creyendo en las soñadas conjuraciones con que el ministro no cesaba de amedrentar su pusilanimidad; habíase ya acotumbrado á no ver sino por los ojos del ministro, y le miraba como su broquel. Con efecto, Carvalho aparentaba temer por sí mismo; hacia ver al rey que los conjurados trabajaban en perderle, para poder luego abrirse paso hasta su Real persona; que no cesaban de denigrarle, y que al fin sucumbiria á los tiros de la envidia y del odio, victima de su fidelidad al soberano. A estas solapadas razones añadia que esperaba que S. M. se dignase comunicarle lo que aque-

llos traidores pudiesen inventar contra su persona, pues que él se creia bastante fuerte para destruir todas sus calumnias. El crédulo monarca cayó en el lazo, y desde este momento, infeliz de aquel que se atrevió á elevar sus quejas al pie del trono! El temor se apoderó de todos los ánimos, y ya no hubo nadie que osase acusarle.

Carvalho, sin embargo, no estaba enteramente tranquilo, temiendo que su tiranía llegase, tarde ó temprano, á ser conocida del rey por conducto de los jesuitas. Además del P. Moreira, habia otros cuatro en la corte, confesores de los príncipes y princesas, y todos eran amados y respetados de la familia Real. Carvalho se decidió á hacer todo lo posible para alejarlos. Con este objeto, dió á entender al rey que abusaban de la confianza de don Pedro para inspirarle sentimientos de rebelion; que contaban con el favor de casi todos los magnates del reino, por haber estado encargado de su educacion, y que con su influencia les era facil cometer cualquier atentado contra el príncipe legitimo. Al propio tiempo le entregó todos los libelos que se habian publicado contra la Compañia desde su origen. José, que como ya se ha dicho, tenia desde tiempo atrás prevencion contra don Pedro, y era suspicaz por naturaleza, leyó los libelos que le presentaba su fiel Carvalho; y como ignoraba que todas aquellas calumnias habian sido refutadas victoriosamente, y hasta condenadas no pocas veces por el poder civil y el eclesiástico, bebió todo su veneno, y desde entonces se prestó sin trabajo á las miras del ministro. Este supo aprovecharse de las disposiciones del príncipe; hizo imprimir y circular por el reino todas las imposturas inventadas contra los jesuitas por do quiera que la heregía y la depravacion de costumbres habian hecho estragos; y estas publicaciones produjeron en una parte del pueblo el efecto que Carvalho se habia prometido. Entonces creyó poder declararse y hacer contra los jesuitas el

primer ensayo de su poder, con motivo de una sociedad mercantil que acababa de establecer en provecho propio y en daño de todo el comercio portugués. Habiendo uno de los jesuitas de Lisboa predicado por este tiempo sobre el Evangelio del dia: *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis*, Carvalho le acusó de haber satirizado la sociedad que él habia establecido: el predicador nada habia dicho que tuviese la menor relacion con ella: sin embargo, por la influencia del ministro, el religioso fué desterrado. Al marchar, entregó el sermón á su Padre provincial con estas palabras al margen: «Juro que al predicarle no he alterado ni una sola palabra.» En vano don Pedro y el P. Moreira, sabedores de su inocencia, intercedieron en su favor, pues el rey cedió á las sugestiones de su ministro. Otro jesuita, á quien los comerciantes de Lisboa preguntaban su parecer acerca de la nueva sociedad, habia respondido que la creia mas perjudicial que útil, y esta franqueza, ó si se quiere, imprudencia, le costó tambien un destierro. Los comerciantes fueron tratados con mas rigor: todos cuantos se habian atrevido á firmar una representacion al rey contra el monopolio establecido por la nueva sociedad, fueron arruinados ó tuvieron que sufrir una prision ó confinamiento por parte del yengativo Carvalho. Tambien se valió de esta ocasion para insinuar al rey que los jesuitas, que habian invadido todo el comercio de América, no veian con buenos ojos el establecimiento de la nueva sociedad, y que ellos eran los que retrajian á los particulares de imponer en ella sus capitales.

Tantas imputaciones, cuya villanía y falsedad serán demostradas mas adelante, parecia que iban á dar lugar á que el crédulo José espulsara de su corte á los jesuitas: asi se decia ya públicamente, cuando acaeció el horroroso terremoto de 1.º de noviembre de 1755, que arruinó á Lisboa y convirtió esta opulenta y hermosa ciudad en un espectáculo de

horror y de lástima. Las siete casas que los jesuitas tenian en Lisboa quedaron medio destruidas; pero pudieron librarse del incendio que devoró gran parte de la ciudad. Los muertos y los moribundos fueron el objeto de su caridad: construyeron apresuradamente barracas en sus jardines, y en ellas recogieron mas de trescientos heridos, á quienes curaron y alimentaron á sus espensas. Esta generosa conducta interesó al rey haciéndole al parecer olvidar sus prevenciones, y señaló una cantidad para reedificar la casa profesa. Esto irritó mas á Carvalho, quien criticó con insolencia las prácticas de devocion que los jesuitas aconsejaban al pueblo para aplacar la ira del cielo, y mandó imprimir y circular folletos en que se decia que el terremoto provenia de causas puramente naturales, y que era cosa en que el cielo no tenia parte alguna.

Entre los misioneros jesuitas se distinguia el P. Malagrida, que no contento con predicar la penitencia, publicó una obrita sobre el particular, y distribuyó ejemplares á toda la familia Real. Esto bastó para incurrir en la indignacion del ministro. A la vista de una obra que destruia sus irreligiosas proposiciones, se puso tan furioso que tuvo el atrevimiento de arrancarla de las manos del rey, diciendo que no era mas que obra de un fanático, que no era buena sino para atizar el fuego de la sediccion. Carvalho tenia ademas otro motivo para deshacerse cuanto antes del P. Malagrida. Este misionero habia llegado á persuadir al rey que pasase unos dias de piadoso retiro juntamente con la reina y toda la Real familia, y ya se habian tomado las disposiciones convenientes para verificarlo. Carvalho conoció que si esto llegaba á verificarse, su peniccion era cierta, y el rey se le escapaba de entre las manos acaso para siempre. Una circunstancia casual de que supo aprovecharse, le sacó del paso. José habia dado licencia al P. Malagrida para fundar en Lisboa una casa

destinada á ejercicios espirituales, y don Pedro se habia ofrecido á costear todos los gastos de su ereccion. Mas como desgraciadamente nada podia ocultar á Carvalho, le enseñó el plan de la casa y la licencia para edificarla. En vista de lo cual, el taimado ministro exclamó, que aquello era justamente lo que hacia falta para autorizar las reuniones secretas y fomentar las conspiraciones: prorrumpió en invectivas contra los ejercicios espirituales, calificándolos de gazmoñerías, y contra los jesuitas llamándolos traidores, rebeldes y partidarios de don Pedro. José, que temblaba siempre al solo nombre de conspiracion, volvió á dar cabida en su ánimo suspicaz á temores y sospechas: el proyecto del piadoso establecimiento quedó abandonado y el P. Malagrida salió para un destierro.

Durante aquel año de 1755 y el siguiente no dejó Carvalho de proseguir en sus intrigas contra los jesuitas, suponiéndoles crímenes cometidos en Europa y particularmente en América, de donde era menos fácil que se presentaran pruebas de la inocencia de estos y de la perfidia del ministro. Finalmente, este intrigó con tanta perseverancia y buen resultado, que á fines de 1757 consiguió desterrarlos de la corte y quitarles toda relacion con la familia Real. Los aduladores de Carvalho y algunos malos religiosos no dejaron de aplaudir semejante medida; pero todos los demas, inclusa la nobleza y el pueblo, conocieron que la ruina de la Compañía traeria en pos de sí la de las otras órdenes religiosas, la del clero, la de la piedad y la de las costumbres públicas. Carvalho ya no ocultaba sus planes: no tenia temor de decir que el rey podia hacer adoptar en su reino la religion que mas le acomodara; que seria una dicha para Portugal imitar á la Inglaterra dándose una iglesia nacional, etc. Mas para llegar á este objeto, era antes preciso acabar de perder á los jesuitas, y para perderlos era preciso desacreditarlos en la opinion pública. Esto fué lo que

se propuso en aquel demasiado famoso libelo impreso por su orden con el título de *Relacion compendiada de la república que los jesuitas de la provincia de Portugal han establecido en las posesiones de Ultramar, y de la guerra que han escitado y sostenido, etc.* Para formar una idea del fundamento en que pretendia apoyarse esta fábula, es preciso tomemos de mas atrás las cosas y consideremos lo que ocurría en América.

Las Reducciones continuaban dando al mundo, bajo la direccion de los jesuitas, el espectáculo de la virtud y de la felicidad, cuando Carvalho concibió el plan de espulsarlos de ellas (1). Un tratado de cambio de territorio proyectado y ajustado en 1750 entre los gabinetes de Madrid y Lisboa, le suministró ocasion de realizar su proyecto; y hé aquí lo que dió lugar á este tratado. Un aventurero llegó á persuadir á Gomez de Andrade, gobernador de Rio-Janeiro, que en el territorio de las Reducciones habia un gran número de minas muy ricas, y que el cuidado que los jesuitas tenian en prohibir la entrada á los europeos en aquel pais no tenia por objeto sino el ocultar sus inmensos tesoros. En consecuencia, ideó un plan de cambio entre las dos coronas, segun el cual las siete Reducciones del Uruguay pasarian al dominio de Portugal y este á su vez cederia á la España la interesante colonia del Sacramento con su territorio. Ya en otro tiempo se le habia referido al gobierno de Madrid la fábula de las minas, y este sabia el valor que debia darse á esta patraña por las informaciones judiciales que habia mandado hacer sobre el mismo territorio. Esto fué precisamente lo que al in-^{auto} gobernador no se le ocurrió hacer: fascinado con un proyecto por el cual esperaba ilustrar su nombre y enriquecerse, se dió prisa á comunicarle á la corte de Lisboa, asegurando que su ejecucion haria cor-

(1) Pombal, Choiseul y Aranda, etc., p. 12-29.

rer un rio de oro desde el Uruguay hasta Portugal. El gabinete de Lisboa adoptó precipitadamente el plan y le propuso al de Madrid, que no viendo sino ventajas en el cambio, no tuvo reparo en aceptarle. Efectivamente la España cedia un pais estéril y adquiria una plaza importante, que por su situacion sobre el rio de la Plata, cerraba á los portugueses el paso y comunicacion con el interior de la América Meridional. La desgracia fué que ambos gabinetes, acaso sin saberlo, sacrificaban los intereses de la Religion, el uno á la sed del oro, y el otro á un aumento de fuerza y de poder.

Una de las cláusulas del tratado, era que los habitantes de las siete Reducciones cedidas al Portugal abandonarían el territorio é irían á establecerse lejos de allí en tierras que aun se hallaban incultas y desiertas. Esta fatal cláusula lo echó á perder todo. La proposicion que acerca de ella les hicieron los misioneros jesuitas fué muy mal recibida. «¿Con qué derecho, respondieron, pretenden los españoles y los portugueses arrojarnos de un pais, cuyas posesiones tenemos, no de ellos, sino de nuestros antepasados? Si hemos abrazado el cristianismo, si hemos consentido en ser tributarios del rey de España, ha sido con la condicion de que nos dejaria vivir tranquilamente en nuestra patria y nos defenderia de nuestros enemigos.» Por mas esfuerzos que los jesuitas hicieron por vencer esta natural resistencia de aquellos indígenas, Gomez de Andrade no vaciló un momento en atribuírsela. Mientras que él los calumniaba para con la corte de Lisboa y Carvalho se esforzaba en hacerlos sospechosos á la corte de España, los misioneros ponian todo su conato en predisponer á sus neófitos, y particularmente á los caciques, gefes de tribus, á la obediencia. «Nosotros compartiremos, les decian aquellos generosos varones, vuestras penas, y os seguiremos á todas partes. No es ya nuevo para nosotros el haber abandonado nuestra patria,

nuestras casas y todas las comodidades de la vida por vuestra salvacion; de consiguiente no se nos hace costoso volver á dejar nuestras casas y nuestros templos para acompañaros y establecerenos donde qu'era que vosotros os fijeis. ¿Por qué pues habeis de rehusar uniros á nosotros y hacer que el pueblo se someta á la obediencia? Estas palabras repetidas varias veces en el tono mas cariñoso hicieron al fin impresion sobre los caciques. Entonces los jesuitas, despues de varias tentativas inútiles por hallar en otra parte una region habitable, se dirigieron á las veinte y cuatro Reducciones españolas de la parte del poniente del Uruguay, y suplicaron á los caciques les cedieran ó vendiesen parte del terreno. Esta proposicion no carecia de dificultades, pues los pueblos á quienes los jesuitas se dirigian apenas tenian bastantes pastos para sus rebaños, y las tribus que les pedian asilo se componian de treinta mil almas, seguidas de numerosos rebaños que pasaban de un millon de cabezas. Sin embargo, las reiteradas instancias de los misioneros y la caridad de aquellos buenos caciques, allanaron todas las dificultades y al fin convinieron en cederles una porcion de terreno.

Durante estas negociaciones, el provincial de los jesuitas del Paraguay escribió al rey de España haciéndole presente el estado de las cosas; y este monarca envió á su comisario Valdelirios la orden mas terminante á fin de que concediera á las Reducciones todo el tiempo necesario para los preparativos de trasmigracion. Pero el comisario, que ajustaba enteramente su conducta á los consejos de Gomez, hechura de Carvalho, se negó á conceder ninguna dilacion. Aquellas infelices tribus á quienes ni aun siquiera se les concedió la libertad de llevar sus rebaños, único recurso en los desiertos y bosques que tenian que atravesar, se pusieron en camino; pero fatigadas por las lluvias, pantanos, rios, selvas impenetrables y particularmente por la absoluta falta de provi-

siones, regresaron á sus moradas resueltas á no abandonarlas sino á la fuerza. Los misioneros, lejos de desalentarse, convinieron en convocar en un mismo dia y hora á todos los habitantes de cada Reduccion, que les conjurarían con el Crucifijo en la mano que se sometieran á lo que de ellos se exigia, y que, por último, echándose á sus pies no se levantarían hasta obtener su consentimiento. Esta piadosa tentativa no fué enteramente infructuosa: enterneciéronse los indigenas, y todos prometieron emigrar con la condicion de que se les concediera un plazo de dos ó tres años. Mas no se pasó mucho tiempo sin que el fruto de tantos esfuerzos quedase malogrado, gracias á la perfidia de los agentes secretos de Carvalho, que divulgaron por las Reducciones la voz de que los jesuitas, sin saberlo el rey de España, habian vendido á los portugueses todos los habitantes, hombres, niños y mugeres, y que este era el motivo del interés que manifestaban en apresurar la emigracion. Viéronse entonces los misioneros colocados en la mas cruel situacion: si dejaban de exhortar las tribus á la sumision, serian considerados y tratados como rebeldes por los dos gabinetes; si continuaban predicando obediencia, confirmaban las sospechas divulgadas contra ellos, y corrían tambien el peligro de ser tratados como traidores por parte de aquellos pueblos, como en realidad acababa de serlo un misionero, á cuya morada vino una multitud desenfrenada de indigenas para asesinarle, y apenas tuvo tiempo para evadirse, sin lo cual habria perecido á manos de los frenéticos como pereció su criado á quien degollaron sin piedad. Asi es como aquellos pueblos en otro tiempo tan dóciles, viéndose contrariados en sus mas dulces afectos, y creyéndose engañados en el juicio que habian formado de sus padres espirituales, á quienes no consideraban ya sino como sus mas crueles enemigos, perdieron en pocos años, en medio de tantas vejaciones, aquel espíritu de sumision y sencillez

que por tanto tiempo los distinguió entre todos los pueblos del universo. Sordos ya enteramente á la voz de sus pastores, se preparaban á hacer la mas vigorosa resistencia en el caso de ser atacados. El furor se despertó hasta en las mugeres y los niños, particularmente desde el dia que Valdelirios y Gomez, inflexibles en su propósito, notificaron á las siete Reducciones una declaracion de guerra por medio de los mismos misioneros, que no lo hicieron sin gran riesgo de su vida. Ellos arrostraron este peligro y salieron bien de él, pero no fué sino para caer en otro. El obispo del Paraguay, instado por los dos comisarios Valdelirios y Gomez, escribió á los misioneros, mandándoles dijieran á las tribus que si al tercer dia de recibir su carta no abandonaban el territorio, lanzaria contra ellas un entredicho general: que asimismo declaraba á los misioneros destituidos de sus poderes, y les prohibia administrar los sacramentos ni aun á los moribundos. Estas órdenes tan rigurosas y contrarias al espíritu de la Iglesia, no pudieron por de pronto llegar á las Reducciones por lo bien guardadas que estaban todas las entradas del Uruguay. Los que las custodiaban cerraron el paso á los portadores de ellas, diciéndoles que si no se retiraban, serian tratados con el último rigor. Por último, un jesuita coadjutor pudo introducir las secretamente en la Reduccion de San Nicolás. Al momento que el misionero que residia en aquel punto se enteró de ellas (era un domingo), subió al púlpito y dió principio á su lectura. Desde las primeras palabras resonó un confuso rumor de gritos y murmullos en la iglesia. La ira se manifestó en el semblante de todos los concurrentes, y subiendo los mas animosos al púlpito, arrancaron la carta de manos del misionero y le registraron para ver si acaso tenia oculta alguna otra. En seguida la arrojaron á las llamas. El Padre pudo en medio del tumulto salir del templo y encerrarse en su casa, donde creyendo que iba á ser indudablemente vícti-

ma del furor público, se preparó para morir como un buen religioso; pero de allí á poco se le presentaron varios de los principales indigenas, diciéndole que nada temiese en cuanto á su persona, con tal que siguiera desempeñando sus funciones. Al mismo tiempo se le dió una guardia que le acompañara á él y á su colega por todas partes y registrase bien todo lo que entrase en su casa. Las demas Reducciones tuvieron noticia de lo que acababa de ocurrir en San Nicolás, y tomaron las mismas precauciones, es decir, trataron á sus misioneros como prisioneros de Estado. En la Reduccion de San Nicolás se pasaron los tres dias fijados para la emigracion sin que nadie hubiese hecho el menor preparativo de marcha, de manera que el Padre tuvo que abstenerse de ir al templo. Preguntáronle los caciques por qué no celebraba misa. *Así lo debo hacer*, les respondió, *para conformarme á las órdenes de vuestro obispo.—Las órdenes son injustas*, replicaron ellos; *con viveza: es preciso que digais misa, ó que os resolvais á morir de hambre*. Efectivamente, desde aquel dia empezaron á cercenarle los víveres: por lo cual viéndose el Padre cerca ya de sucumbir de necesidad, tuvo al cabo de algunos dias que ceder á la violencia. Otro tanto hicieron en todas las demas Reducciones. Los misioneros enviaron á decir á su superior y á los comisarios el extremo apuro á que se veían reducidos, y afirmaron bajo juramento, que nada habian omitido de cuanto en ellos estaba para inducir las tribus á la obediencia. Valdelirios y Gomez aparentaron no creerlo; pero el obispo repuesto de la debilidad que le habia hecho ser instrumento de las pasiones de estos, levantó el entredicho. Esta justicia tardía no dulcificó la suerte de los misioneros, pues las tribus siguieron tratándolos como prisioneros y vigilándolos con el mayor cuidado. Mas aun cuando los hubieran hecho tajadas, hubieran pasado para con los comisarios por unos traidores y rebeldes, en tanto que por otra parte las tribus desespera-

das les acusaban de inteligencia con sus enemigos. Una de estas se singularizó por sus excesos; pues lejos de escuchar la voz de los misioneros, ó de respetarlos siquiera, los llenó de insultos y les acortó de tal modo los alimentos que poco faltó para dejarlos morir de hambre; y aun no se contentaron con esto, pues ademas azotaron á sus criados y amigos, y por último, amarraron á un poste al segundo misionero para hacer con él lo mismo; y si bien se libró del castigo, no por eso dejó de sufrir toda su ignominia.

Entretanto comenzaron las hostilidades: los caciques atacaron un fuerte que los portugueses acababan de construir en el territorio de las Reducciones. La guarnicion fingió querer rendir, y por un insigne rasgo de perfidia se apoderó de unos cincuenta americanos, que confiando en la buena fé de sus enemigos, entraron en el fuerte para negociar: los portugueses quitaron la vida á parte de ellos, y enviaron el resto á Gomez. El comisario les tomó declaraciones acerca de la conducta de los jesuitas, y habiendo sostenido los primeros que comparecieron, que los jesuitas no eran traidores ni rebeldes, y que por el contrario habian hecho cuanto estaba en su mano para que las tribus se pusieran en marcha, fueron tratados de impostores y se les condenó al último suplicio, y aun se aparentó que esto iba á verificarse en el acto. Los demas amedrentados con la suerte de sus camaradas, declararon todo lo que quisieron los portugueses. Al momento se remitieron sus declaraciones á Carvalho y este las mandó imprimir, añadiendo algunas nuevas calumnias, entre ellas la fábula del rey Nicolás. De allí á poco, habiendo Gomez avanzado hostilmente por el pais, se vió sitiado en su mismo campamento; y si los caciques hubieran sabido aprovecharse de las circunstancias, le hubieran reducido á rendir las armas; pero ellos tuvieron la estremada sencillez de suministrar víveres á los portugueses en cambio de bagatelas que estos les